

¡Oh vanidad! ¡oh nada! ¡oh mortales ignorantes de vuestros destinos! ¿Quién lo dijera hace diez meses? ¿Ni ella, ni vosotros, señores, hubiésteis imaginado, cuando derramaba tantas lágrimas oyéndome, que debiese reuniros aquí tan pronto para llorarla con mayor dolor? Princesa, digno objeto de la admiración de dos grandes imperios, ¿no era bastante que la Inglaterra llorara vuestra ausencia, sin verse también obligada á llorar vuestra muerte? Y la Francia, que os volvió á ver con tanto júbilo rodeada de nuevo brillo, ¿carecía por ventura de otras pompas y otros triunfos para vos, de regreso de ese famoso viaje donde habíais recogido tantos laureles y tan bellas esperanzas? *Vanidad de vanidades, y todo vanidad.* Esto es lo único que puedo deciros, la sola reflexión que ante un acontecimiento tan deplorable é inesperado me permite el dolor. No penseis que he hojeado libro alguno para acomodar á la ocasión presente un texto oportuno: sin estudio, sin elección he tomado las primeras palabras que el Eclesiástico me presenta, donde aunque la vanidad es nombrada muchas veces, no lo es todavía bastante, á mi juicio, para el designio que me propongo. Quiero en una sola desgracia deplorar todas las calamidades de la humana estirpe, y en una sola muerte hacer ver la muerte y la nada de todas las grandezas del hombre. Aquel texto que conviene á todos los estados y á todos los acontecimientos de nuestra vida, por una razón particular es el mas propio para mi objeto, porque nunca las vanidades de la tierra se han visto tan claramente descubiertas, ni confundidas en tan alto grado.

Nó; despues del suceso que acabamos de presenciar, debemos convenir en que la salud es un nombre, la vida un sueño, la gloria una mentira, las gracias y los placeres un peligroso pasatiempo; todo es vano en nosotros, escepto la sincera manifestación que de nuestras vanidades hacemos delante de Dios, y el juicio detenido que nos prepara para poder despreciar todo cuanto somos.»

Bossuet prosigue este admirable discurso, y durante él se le escapan, cual gritos de dolor, pasajes que traen á la memoria el tema de sus palabras:

«Decíamos con regocijo que el cielo la arrancó á manera de milagro, de las manos de los enemigos del rey su padre, para darla á la Francia. ¡Don precioso, presente inestimable, si su posesión hubiese sido mas duradera! ¿Mas por qué viene este recuerdo á interrumpirme? ¡Ay de mí! no podemos fijar un instante los ojos en la gloria de la princesa, sin que la muerte venga al punto para ofuscarlo todo con su sombra. ¡Oh muerte! apartate de nuestra imaginación y deja que entregámos por un momento la violencia del dolor con el recuerdo de nuestra pasada alegría.

¡Oh noche desastrosa! ¡Noche terrible, en que de repente y con la rapidez del relámpago se difundió esta espantosa nueva: ¡La señora se muere! ¡La señora ha muerto!»

En medio de estos desahogos de un alma poseida por el dolor, conocemos á Bossuet en aquellos toques valientes y atrevidos, en aquellas ideas fuertes y profundas que constituyen el distintivo de su genio. Si nos habla de la *grandeza y de la gloria á que la confianza de dos reyes clavaba á Enriqueta*, se interrumpe de pronto, y exclama:

«¡La grandeza y la gloria! ¿Podemos todavía oír tales nombres despues del triunfo de la muerte? Nó, señores, no puedo repetir, ni menos dar crédito á esas grandes palabras, por medio de las cuales, la arrogancia humana procura distraerse á sí misma para no apercibirse que es *nada.*»

Todo cuanto la religion tiene de mas sagrado y mas au-

gusto, la historia de mas imponente, la elocuencia de mas noble y magestuoso y la poesia de mas sensible, se halla reunido en la *Oracion fúnebre* del príncipe de Condé.

La peroracion nos ofrece, dice Henry, un interés perfectamente dramático.

«Ven, pueblo, ven ahora... Pero venid mas bien vosotros, magnates y señores, vosotros los que juzgais en la tierra, vosotros los que abris á los hombres las puertas del cielo, vosotros mas que todos los demás, príncipes y princesas, nobles vástagos de tantos reyes y esclarecidas lumbreras de la Francia, apagadas hoy y oscurecidas por el dolor. Venid, venid á ver lo poco que resta de tan augusta cuna, de tanta grandeza y de tanta gloria. Dirigid por todas partes vuestra vista, y hallareis todo cuando ha podido inventar la magnificencia y la piedad para honrar á un héroe. Titulos, inscripciones, vanas señales de lo que ya no existe, imágenes que figuran llorar alrededor de un sepulcro, y las frágiles demostraciones de un dolor que el tiempo se lleva con todo lo demás; columnas que parece quieren elevarse hasta el cielo en magnífico testimonio de nuestra nada, y en fin, en medio de tantos homenajes, solo falta aquel en cuya memoria los tributais. Llorad, pues, sobre estos frágiles restos de la vida humana, llorad, llorad sobre la triste inmortalidad que es dable conceder á los héroes.

En cuanto á mí, si me es permitido despues de todos los demás acercarme á rendir los postreros homenajes á este sepulcro, ¡oh príncipe digno objeto de nuestras alabanzas y de nuestro dolor, yo os aseguro que vivireis eternamente en mi memoria: vuestra imagen quedará fija en mí, no con esa audacia que prometia la victoria, nó: no quiero ver en vos nada de lo que borra la muerte. Tendreis en esta imagen caracteres inmortales: os verá tal como estábais en aquel último día

bajo la mano de Dios, cuando su gloria comenzó á ser sensible. Así es como os verá mas triunfante que en Friburgo y en Rocroy; y arrebatado con tan hermoso triunfo, prorumpiré en accion de gracias con las magnificas palabras del discipulo amado: *Et hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra. La verdadera victoria, la que pone bajo nuestros piés al mundo entero, es nuestra fé.* Gozad de esta victoria, príncipe; gozad de ella eternamente por la inmortal virtud de este sacrificio; aceptad estos últimos esfuerzos de una voz que os fué conocida, y poned fin á todos estos discursos. Gran príncipe, en vez de llorar la muerte de los otros, quiero en lo sucesivo aprender de vos á hacer santa la mia; ¡dichoso mil veces si advertido por esta blanca cabellera acerca de la cuenta que de mi administracion he de dar, reservo á la grey que debo alimentar con la palabra de vida los restos de una voz que decae y de un ardor que se apaga!»

¡Felices, esclama M. de Barante, los que pudieron conocer y oír á Bossuet; dichosos los que le vieron coronado y con el recuerdo de sus virtudes, subir al púlpito frente al féretro del gran Condé, y consagrar las alabanzas de la gloria perecedera, asociándolas con las de la gloria eterna! Es evidente, nunca la palabra humana ha sido tan grande, ni nos parece que la imaginacion pueda crearse un espectáculo mas sublime.

Los contemporáneos, dice Henry, que admiraron la elocuencia de Bossuet, casi todos guardan silencio acerca de sus oraciones fúnebres: hasta la señora de Sevigné, que nos pinta tan perfectamente en sus cartas, todo lo que en su tiempo preocupaba la atencion pública, nada dice acerca de este particular. Tan extraño olvido únicamente puede esplicarse diciendo, que el Obispo de Meaux, considerado ya como un Padre

de la Iglesia, aparecia ante la imaginacion de todos muy por encima de la gloria de un orador. No veian en Bossuet al hombre, sino al Pontifice encargado del depósito de la doctrina y de la defensa de la fé.

He aquí, por último, las palabras con que Massillon elogia á Bossuet, digno término de cuanto hemos dicho, resumen de cuanto en alabanza suya quisieramos todavía escribir: «Bossuet, dice, genio vasto y candoroso, con ese candor que caracteriza siempre las grandes almas y los espíritus de primer orden; ornamento del Episcopado, honra del clero de todos los siglos y las edades. Obispo en medio de la córte, el hombre de todos talentos y de todas las ciencias, el doctor de todas las Iglesias, el terror de todas las sectas, el padre del siglo XVII, y á quien no faltó mas que nacer en los primeros tiempos, para haber sido la luz de los Concilios, el alma de la Iglesia, para haber dictado los Cánones y presidido las asambleas de Nicea y Efeso.»

Los contemporáneos, dice Henry, que admiraron la elocuencia de Bossuet, casi todos guardan silencio acerca de sus oraciones fúnebres: hasta la señora de Sevigné, que nos pinta tan perfectamente en sus cartas, todo lo que en su tiempo preocupaba la atención pública, nada dice acerca de esta particular. Tan extraño olvido únicamente puede explicarse diciendo, que el Obispo de Meaux, considerado ya como un Padre

de los Maestros como otras perfectas de enseñanza y de luz; ensalza la profundidad de su inteligencia para someter las maravillas de la religion, y añade que si le fuese lícito expresarse por medio de frases opuestas al parecer, diria que Bourdaloue en profundidad, tanto como Bossuet en elevacion. Manuy escribe que en la elocuencia religiosa no encuentra nada mas sorprendente é inimitable que la primera parte de los sermones de este orador, en especial los de la Conversion, la Pasion y la Resurreccion.

CAPÍTULO V.

Oradores contemporáneos de Bossuet y anteriores á la decadencia de la oratoria del púlpito en el siglo XVIII.—Bourdaloue.—Massillon.—Fenelon.—Predicadores de menos importancia: Cheminai, Giroust y La Rue.—Oradores posteriores al siglo de Luis XIV: Paille, Neuville, Deauvais y Boismont.—Misioneros célebres en los siglos XVI, XVII y XVIII.—Cartas pastorales.—Decadencia: causas generales y juicios criticos.

Acerca de pocos oradores se han emitido opiniones mas diversas, pero no por eso menos entusiastas, que respecto á Bourdaloue. Sacerdote virtuoso, jesuita humilde, sábio, erudito y elegante en el decir, Bourdaloue supo conquistarse no menos el respeto que la admiracion de sus contemporáneos. La dulzura de sus palabras hicieron que se le comparase á Cornéille, como Cheminai fué comparado á Racine. En opinion de Voltaire, es el primer orador sagrado que dejó oír en el templo una razon siempre elocuente: Mad. Sevigné sostiene que es superior á todas las maravillas que le precedieron: L'Harpe le considera acreedor á una de las coronas del gran siglo de la elocuencia del púlpito en Francia; dice que fué un genio bajo cierto punto de vista sin rival; admira sus sermo-